



ilustraciones
FERNANDA GAVITO

Una escocesa en nuestro país

JENNIFER CLEMENT

La marquesa de Calderón tomó el pulso de nuestras primeras décadas como nación independiente. Sus cartas son el legado de una testigo privilegiada.

“Navidad, 1839. Son alrededor de las tres de la madrugada; desperté hace una hora con los cantos que dan la bienvenida a la mañana de Navidad. Y al mirar por mi ventana vi, bajo una tenue luz, bandadas de niñas vestidas de blanco que cantaban a coro por las calles [...] Como si

no hubiese ya viajado lo suficiente con el cuerpo, empecé a hacerlo también con el pensamiento, allá lejos, hacia escenas tan distintas y tan distantes. Finalmente me quedé dormida pensando en Escocia y ¡desperté en México!”

Una de las grandes figuras de la historia mexicana es una escocesa. Las cartas a su familia, publicadas en el libro

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país, se encuentran entre los documentos más importantes sobre este país. Con más de quinientas páginas, este volumen se ha consolidado como una referencia imprescindible sobre el México de mediados del siglo XIX.

“Fanny” Calderón de la Barca, como se hacía llamar, llevaba por nombre Frances Erskine Inglis. Nació en Edimburgo el 23 de diciembre de 1804. Fue la quinta de los diez hijos de William Inglis, un terrateniente que ostentaba el título de “writer to the signet” (una suerte de juez). Su madre, Jane Stein, estaba emparentada con varias familias nobles en Escocia incluyendo a los condes de Buchan. En Escocia, Fanny tuvo una buena educación e incluso viajó a Italia. Sin embargo, en 1828 las dificultades económicas forzaron a su padre a mudar a la familia a Normandía. Después de su muerte, Erskine viajó a los Estados Unidos con la esperanza de ganarse la vida.

Fue en este país que, a los 33 años, Fanny Erskine conoció a Ángel Calderón de la Barca, de 48. Don Ángel había nacido en Buenos Aires; era hijo de un español empleado del gobierno y había estudiado en Inglaterra. Radicaba en los Estados Unidos en calidad de ministro español en Washington y, en 1839, poco después de casarse con Fanny, se mudaron a México donde fue nombrado embajador de España, el primero desde que la Corona reconoció al México independiente.

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país fue publicado por primera vez en 1843 simultáneamente en Boston y en México. Ese mismo año cosechó reseñas en *The North American Review* y en *The Edinburgh Review*. Desde entonces se le consideraba un documento detallado y preciso y se sugería como guía para los oficiales estadounidenses durante la guerra de 1847.

En la “carta séptima” del volumen, Fanny Calderón de la Barca describe su llegada a la capital: “Hice mi debut en México yendo a misa en la catedral. Paseamos por la Alameda, muy cerca de donde vivimos, y admiramos cómo sus nobles árboles, flores y fuentes brillaban

bajo el sol. Encontramos pocos carruajes allí, ocasionalmente algún caballero montado, y unas cuantas personas solitarias descansando sobre las bancas de piedra, también muchos mendigos y los *forçats* encadenados regando las avenidas.”

La vida en México durante una residencia de dos años en ese país es un libro sorprendente en muchos niveles. La autora fue testigo de la compleja cotidianidad de México, como también de dos pequeños levantamientos, de la crisis del cobre y de un cambio presidencial. Con su aguda mirada pudo imaginarse el México con el que se había encontrado Hernán Cortés tres siglos atrás. Esto apunta al hecho de que ella había estudiado historia mexicana y probablemente, antes de su llegada a México, había leído las cartas de Cortés al rey de España. De hecho, sus impresiones suelen estar enriquecidas por un sentido de la historia. Esto sucede, por ejemplo, con su descripción de una pieza prehispánica: “Después, en el patio de la universidad, vimos la ‘piedra de los sacrificios’. Tenía un hueco en el centro donde recostaban a la víctima mientras que seis sacerdotes, vestidos de rojo, con tocados de plumas verdes (debieron parecer pericos), aretes dorados y verdes, y piedras azules en sus labios superiores, lo detenían, mientras que el sacerdote principal le abría el pecho, arrojaba el corazón a los pies del ídolo; luego lo recogía y se lo metía a la boca con una cuchara de oro.”

Fanny Calderón de la Barca describe el paisaje, la indumentaria, las costumbres, la música y la cocina de México con referencias que pueden incluir a personajes como Hamlet o Medea. Así que en sus palabras no solo descubrimos México; también nos asomamos a la compleja mente de la autora. En una carta describe los vestidos que usan las mujeres mexicanas en un baile de disfraces: “La señora de G. vestía de María Estuardo, con terciopelo negro y perlas y un espléndido collar de diamantes; lucía muy atractiva; llevaba una toca puesta de moda por Albini en su papel de reina de Escocia, pero aunque la pieza era muy bella, se trataba de una completa variación de la auténtica toca de la reina María. Parecía que hubiera llegado a la flor de la edad sin haber conocido Fotheringay.”

En sus recuentos no perdonaba. Su chispa es evidente a lo largo del texto. En cierto momento, por ejemplo, describe la costumbre mexicana de usar zapatos demasiado chicos: “cosa que deshace la gracia ya sea al caminar o al bailar”. Más tarde añade: “los hombres y las mujeres son iguales en todas partes, ya sea envueltos en una graciosa mantilla, con lo último de Herbault, arropados bajo una capa española, con un sarape mexicano, o con un *plaid* escocés”. En otro momento aprovecha una visita del médico a su domicilio para desplegar el gran juego del galanteo mexicano:

Todos los días me tomaba el pulso y me daba alguna inocente pócima. Pero lo que yo realmente recibía era una lección de conversación educada. Siempre que se preparaba para partir, teníamos el siguiente diálogo:

—Señora, estoy a sus órdenes (decía esto a un lado de la cama).

—Muchas gracias, señor.

—Señora, sepa usted que soy su humilde servidor (decía esto al pie de la cama).

—Buenos días, señor.

—Señora, beso sus pies (aquí se detenía junto a una mesa).

—Señor, yo beso su mano.

—Señora, mi pobre casa, y todo lo que contiene, yo mismo, aunque sea poco, todo lo que tengo es de usted (decía esto ya cerca de la puerta).

—Muchas gracias, señor.

El aspecto más interesante de *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* es, sin embargo, el hecho de que Fanny Calderón de la Barca tuvo acceso al silencioso mundo de las mujeres mexicanas de la alta sociedad, de las sirvientas y especialmente de las monjas católicas y dio cuenta de ello. Ningún hombre habría podido relatar estas historias. Sus descripciones de muchachas jóvenes regaladas a la Iglesia son conmovedoras y críticas, pues relata, por ejemplo, cómo hablaba con esas monjas que vivían tras los muros de hierro forjado y, dado que no podía observarlas, se refería a ellas como “la voz”: “Aunque no la pueda ver, puedo escuchar su voz, y puedo hablar con ella a través de una puerta giratoria de madera que produce un efecto bastante misterioso. Me cuenta de sus ocupaciones y de las pequeñas cosas que se llevan a cabo en el pequeño mundo al interior del convento; mientras yo le traigo noticias del mundo exterior.”

Los Calderón de la Barca pasaron dos años en México. En la última carta que escribe desde el país, Fanny reflexiona en torno a cómo ha cambiado su perspectiva durante su estancia:

Eso que hace dos años me parecía detestable ¡hoy me parece delicioso! ¡El pescado es excelente! ¡Los frijoles son incomparables! Parecen minucias; pero, después de todo, el viajero puede comparar los juicios que ha emitido en los distintos periodos para corregirlos justo en las minucias y en los asuntos cotidianos. Las primeras impresiones son importantes si se les toma como tales; pero si se exponen como opiniones definitivas se puede incurrir en el error. Es como juzgar a los individuos por su fisonomía y sus modales, sin haber tenido el tiempo de profundizar en su carácter. Todos lo hacemos de alguna manera, pero ¡con qué frecuencia nos engañamos!

Los Calderón de la Barca permanecieron en Washington hasta 1853 cuando los cambios políticos en España forzaron a don Ángel a regresar a Madrid como ministro de Asuntos Exteriores. En 1861 él murió y Fanny se fue a vivir a un convento situado apenas cruzando la frontera francesa. Más tarde, aceptó una petición de la reina Isabel para educar a la joven infanta Isabel, su hija menor. Calderón de la Barca fue nombrada marquesa en 1876 por méritos propios y pasó el resto de su vida entre la realeza madrileña. Murió el 3 de febrero de 1882. —

JENNIFER CLEMENT es autora de las novelas *El veneno que fascina* (Emecé, 2009), *Una historia verdadera basada en mentiras* (Anagrama, 2003) y *Ladydi* (Lumen, 2014). Debolsillo acaba de reeditar este año *La viuda Basquiat*. Es la actual presidenta del PEN Internacional.



La experiencia mexicana de Sybille Bedford

SELINA HASTINGS

El delirante periplo de Bedford por el país dio como resultado uno de los libros de viajes menos convencionales que se han escrito: *A visit to don Otavio*.

A finales de marzo de 1946 Sybille Bedford salió de Nueva York para dirigirse a la ciudad de México. Siendo una de los muchos emigrantes alemanes que habían encontrado asilo en los Estados Unidos, Bedford había pasado los años de la Segunda Guerra

Mundial sobre todo en Manhattan, donde se había mantenido gracias a la traducción y a las clases de inglés que daba a sus compatriotas en el exilio. Inquieta y nostálgica, pero incapaz por el momento de volver a Europa, decidió visitar México. “Tenía muchos deseos de viajar —escribió—, de escuchar otra lengua, de comer platillos nuevos, de estar en un país con una historia pasada larga y desagradable y una historia reciente lo más corta posible.” Una vez que decidió su destino, Sybille y su acompañante —a quien solo se refiere como E.— abordaron el tren en Grand Central y salieron rumbo al sur.

A visit to don Otavio debe ser uno de los libros de viaje menos convencionales que se han escrito. Parte memorias y

parte invención, Bedford retrata con brillantez, gracias a su mirada y oído de novelista, el entorno y a los personajes que encuentra en su camino. De carácter tenaz e intensamente curioso, es capaz de detallar con pasión cada uno de sus pasos. Y es crucial que se mantenga a sí misma en el centro del cuadro como una figura adorablemente falible, en constante frustración, a menudo llena de alegría, a veces enfurecida, ávida por explorar todos los niveles de la experiencia, desde lo miserable hasta lo sublime. Bedford transmite con vivacidad el modo en que se involucra con el ambiente; esta capacidad de asombro es notoria desde su llegada a la ciudad de México. Al salir de un deprimente hotel, se encuentra de pronto inmersa en el aparente caos:

[flotando] por la calles en una dicha incierta, arrastrada por el torrente del ajeteo, del griterío, de los vendedores [...] una es empujada hacia el arroyo por un aguador, esquiva un Buick Saloon y un cuenco de brasas ardientes, vuelve a subir de un salto, espantando a una gallina atada, se asusta ante una deformidad expuesta y se topa con un caballero indio que lleva un apretado traje negro.

Desde el principio, Bedford queda encantada por México. Cuando una pareja a la que conoce le pregunta por sus planes, les dice que quiere tomarse su tiempo, quedarse cerca de un año, establecerse primero unos meses en algún lugar, “orientarme, aprender bien español y luego comenzar a viajar”. Pero semejante programa no le cae bien a su compañera de viaje: “creo que podría soportarlo solo por seis semanas”, dice E.

Esta divergencia de actitud entre las dos mujeres contribuye a una divertida subtrama. E. —a la que nunca se identifica en el libro— es Esther Murphy, la hermana de Gerald Murphy, el gran amigo de Francis Scott Fitzgerald. Alta, poco agraciada y dotada de una inteligencia formidable, Esther era, en palabras de Bedford, una “antiviejera de nacimiento”. Se habían conocido el año anterior, en Nueva York, y se habían vuelto de inmediato muy amigas. Fue Esther quien instruyó por primera vez a la autora en el colorido pasado de México, desde los aztecas y los conquistadores hasta los modernos tiempos de Calles y Cárdenas; también la inició en las memorias de madame Calderón de la Barca, en las que Bedford basó gran parte de la vívida narrativa histórica de *A visit to don Otavio*. Sin embargo, aunque su cultura era impresionante, Esther no tenía espíritu de turista y prefiere pasar el día, con cigarrillo y copa en mano, hablando, hablando y hablando. “A Esther no le gusta moverse —se queja Sybille—, y frecuenta los palacios del pasado colonial y las pirámides aztecas tanto como el doctor Johnson debió recorrer las Hébridias.” Sin embargo, es muy interesante que a pesar de la reticencia de Esther (“no tengo el menor deseo de ver las maravillas de la naturaleza”, declara cuando se organiza una expedición a un volcán espectacular), es Bedford la que siempre triunfa, la que se sale con la suya.

Durante las primeras semanas en la ciudad de México, uno de los grandes placeres de Bedford es la exploración de la cocina local. Desde su infancia en Alemania, bajo la influencia de su padre gourmet, se había ido interesando intensamente por la comida y el vino. Y ahora, después de

años de sosa y aburrida dieta estadounidense, no podía esperar para probar la cocina mexicana. “Obviamente, el primer paso es la comida”, decide, una vez que se han establecido en el hotel. Sentada en un restaurante local, evalúa con gran concentración cada bocado en la larga sucesión de platillos. Primero dos tipos de sopa, luego omelettes, después vinieron “dos pescados espinosos cubiertos con salsa de tomate [...] dos bistecs delgados como las suelas de zapatos infantiles [...] dos platos con huesos de aves, delgados muslos y alas puntiagudas, embarrados con una sustancia marrón. Dos platos rebosantes de puré de frijoles negros [...] comemos de todo con ganas. Todo sabe bien, casi todo es bueno”. El vino, en cambio, no es de tan buen paladar. “Lo huelo antes de probarlo, así que cuando llega la conmoción no es tan devastadora como podría ser [...] Tinta barata mezclada con jugo de ciruela y alcohol industrial, tan agresivo con la lengua como un rallador de zanahorias.”

Después de unas semanas en la capital, las dos mujeres parten a una serie de viajes exploratorios alrededor del país, a través de trenes destartados que llegan siempre tarde, taxis conducidos a velocidad espeluznante, autobuses repletos hasta el techo con guajolotes y cerdos. En el autobús de Morelia al lago de Pátzcuaro, Bedford se encuentra a sí misma embutida junto a una puerca bien crecida que “yace en el pasillo palpitando. Mi vecino lleva un guajolote vivo en su regazo [...] de vez en cuando, quizá para aliviar su propia incomodidad, el ave se pone de pie. Apoyada en garras de seis uñas, una de ellas sobre mi rodilla, deja caer todo su peso encima de nosotros y se sacude. El polvo y los piojos emergen”. Hay numerosos retrasos y frustraciones, incluso una amenaza de peligro. Una tarde, a poco más de cuarenta kilómetros de Guadalajara, se enfrentan a unos bandidos. De vuelta al autobús, después de parar a comer, los pasajeros se encuentran “a un equipo un tanto operístico intentando desatar con torpeza las cuerdas que sujetan el equipaje: tres o cuatro hombres con sombreros finos y paliacates que les cubren el rostro, montados sobre mulas”. Pero no sucede nada terrible: con cortesía se acuerda que los bandidos tomen posesión de unos cuantos artículos selectos, después de lo cual parten sin mediar palabra.

Bedford observa todo con gran atención; describe gráficamente su entorno y se relaciona vigorosamente con los personajes que encuentra por el camino: monjas, hoteleros, comerciantes, así como residentes expatriados de Europa y de Estados Unidos, a muchos de los cuales mira con frío desagrado. Al continuar con su alborotado viaje, Sybille y Esther experimentan distintos grados de comodidad cuya variación es frenética. En Guadalajara, cuando llegan a un magnífico palacio del siglo XVI convertido en hotel, descubren que no se ha instalado aún la escalera para su habitación del primer piso y que tampoco hay agua (“Parece que no hay agua corriente en nuestro baño.” “Así es, señora, aún no la instalan. Una cosa a la vez, ¿quizás el año que entra?”). En otros lugares, por el contrario, se encuentran viviendo en el lujo y un entorno sereno, como la hacienda a orillas del Lago de Chapala, propiedad del excéntrico aristócrata don Otavio.

Don Otavio, ingenuo, encantador y muy culto, resulta ser el más generoso de los anfitriones. A pesar de que la fortuna de su familia se perdió mucho tiempo atrás, él continúa

siendo dueño de una hacienda amplia y hermosa con dos casas y diecisiete sirvientes. Don Otavio invita a las viajeras a tener una larga estadía; su experiencia, igualmente idílica y fantástica, provee la trama para el libro. Alojadas en una hacienda confortable, tienen una vista sobre “una pérgola bañada de sol que domina un jardín rojo y blanco por las flores de las camelias, los jazmines, las adelfas y los frutos de las granadas, recortadas contra la forma exuberante de unas hojas densas, oscuras y enceradas, y, por debajo del jardín, yace el lago”. En cuanto se establecen, caminan cuesta arriba para visitar la casa principal, la villa El Dorado, y saludar a su anfitrión. “Un hombre más o menos joven se encuentra en la terraza [...] Está vestido con pantalones de franela blancos y una encantadora camisa decorada con caballitos de mar. Un conjunto de medallas religiosas de oro tintinean detrás del cuello abierto de su camisa. Sus manos y su tez son blancas como la leche de burra [...] Resulta ser uno de los hombres más bondadosos que jamás he conocido.” La conversación de don Otavio, sus amigos y conocidos (la deslumbrante doña Anna, su horrorosa pareja británica), los festines ofrecidos, las expediciones planeadas, no se parecen a nada: barrocas, extrañas y todas celebradas claramente por Bedford.

A visit to don Otavio es un logro soberbio, una historia de viaje que envuelve con intensidad y que se lee como una novela (“Por supuesto que es una novela —admitiría la autora años después—, no tomé una sola nota mientras estuve en México”). También fue el primer libro publicado por Sybille Bedford; apareció en 1953, cuando ella tenía 42 años. Sybille supo desde temprana edad, en Alemania y luego en Francia, que quería escribir. Lingüista bien dotada, había abrazado el inglés, en lugar del francés o el alemán, como “la cuerda”, según nos dice, que habría de salvarla de “flotar a la deriva, con el agua del multilingüismo hasta el cuello”. Entre los veinte y los cuarenta años, Bedford había completado tres novelas, ninguna de las cuales se había publicado, y no fue sino en los inicios de la década de los cincuenta, durante su estancia en Roma, que finalmente comenzó a trabajar en *A visit to don Otavio*. Bajo su título original *The sudden view*, el libro apareció primero en el Reino Unido, un año después en Estados Unidos y no ha dejado de publicarse desde entonces. La obra tuvo buena acogida crítica en ambos lados del Atlántico. “Este libro es una poderosa respuesta al paisaje y a la gente —escribió V. S. Pritchett en el *New Statesman*—. Domina el arte de situar físicamente al lector en el país, con todos los sentidos en alerta. Al igual que la autora, uno sale de la experiencia mexicana golpeado, en shock, pero eufórico.”

Animada por esos elogios, Bedford comenzó a trabajar de inmediato en un proyecto nuevo. Su segundo libro, la novela *A legacy*, resultaría un gran éxito y habría de colocarla de manera permanente como un miembro destacado de la profesión a la que durante toda su vida aspiró a pertenecer. —

Traducción del inglés de Roberto Frías.

SELINA HASTINGS es una periodista británica. Ha publicado las biografías de Nancy Mitford, Evelyn Waugh, Rosamond Lehmann y Somerset Maugham. En la actualidad trabaja en una biografía de Sybille Bedford.